

# Los Intelectuales y el Socialismo



Por F. A. Hayek

Caricatura realizada por *Fundación Para el Progreso*  
[www.fprogreso.org](http://www.fprogreso.org)

Traducido al español por Guillermo Villalba  
para *Foro Libertario* y *Students For Liberty*

Edición y Diseño: Luis Silva-Ball



[www.studentsforliberty.org](http://www.studentsforliberty.org)  
Sugerencias y Comentarios: [gvillalba@studentsforliberty.org](mailto:gvillalba@studentsforliberty.org)

I

En todos los países democráticos, y en los Estados Unidos más que en otras partes, prevalece la firme creencia de que la influencia de los intelectuales en la política es insignificante. Esto es sin duda cierto acerca del poder de los intelectuales para influir con sus opiniones peculiares sobre las decisiones del momento en la medida en que puede modificar en el voto popular en cuestiones sobre las que difieren de la visión actual de las masas. Sin embargo, de alguna manera durante períodos de cierta duración, probablemente nunca han ejercido una influencia tan grande como lo hacen hoy en esos países. Este poder lo ejercen por dar forma a la opinión pública.

A la luz de la historia reciente es un poco curioso que este decisivo poder de los distribuidores profesionales de ideas de segunda mano no sea más generalmente reconocido. El desarrollo político del mundo occidental durante los últimos cien años proporciona la más clara demostración. El Socialismo nunca y en ninguna parte ha sido un movimiento de la clase obrera. De ninguna manera es una solución obvia para los obvios males que los intereses de esa clase necesariamente exigirían. Es una construcción de teóricos, que se derivan de ciertas tendencias del pensamiento abstracto con el que durante un largo tiempo sólo los intelectuales estaban familiarizados, y que requirió grandes esfuerzos por los intelectuales antes de que la clase obrera pudiera ser persuadida para que lo adoptaran como su programa.

*“El Socialismo nunca y en ninguna parte ha sido un movimiento de la clase obrera”*

En todos los países que se han movido hacia el Socialismo, la fase del desarrollo en que el Socialismo se convierte en una influencia determinante en la política ha sido precedida durante muchos años por un período durante el cual los ideales socialistas gobernaron el pensamiento de los intelectuales más activos. En

Alemania se llegó a esta etapa al final del último siglo, en Inglaterra y Francia, en la época de la Primera Guerra Mundial. Para el observador informal, parecería como si Estados Unidos habría llegado a esta fase después de la Segunda Guerra Mundial y que el atractivo de un sistema de planificación y dirección económica es ahora tan fuerte entre los intelectuales de América como lo fue siempre entre sus colegas Alemanes o Ingleses. La experiencia sugiere que, una vez que esta fase se ha alcanzado, no es más que una cuestión de tiempo hasta el punto de vista ahora en manos de los intelectuales se convierta en la fuerza rectora de la política.

El carácter del proceso por el cual las opiniones de los intelectuales influyen las políticas del mañana es, por lo tanto, mucho más que un interés académico. Ya sea que simplemente desean prever o tratar de influir en el curso de los acontecimientos, es un factor de una importancia mucho mayor de lo que se entiende en general. Lo que a un observador contemporáneo aparece como una lucha de intereses contradictorios de hecho con frecuencia se ha decidido largo tiempo antes, en un choque de ideas limitadas a círculos restringidos. Paradójicamente, sin embargo, en general sólo los partidos de Izquierda han hecho más para

difundir la creencia de que fue la composición numérica de los intereses materiales opuestos los que decidieron los temas políticos, mientras que en la práctica, estos mismos partidos han actuado con regularidad y éxito como si entendiesen la posición clave de los intelectuales.

Ya sea por diseño o impulsados por la fuerza de las circunstancias, siempre han dirigido su esfuerzo principal hacia la obtención del apoyo de esta "élite", mientras que los grupos más conservadores han actuado, con regularidad, pero sin éxito, con un punto de vista más ingenuo de la democracia de masas y por lo general han intentado en vano directamente alcanzar y persuadir al votante individual.

## II

El término "intelectuales", sin embargo, no transmite una imagen fiel de la gran clase a la que nos referimos, y el hecho de que no tenemos ningún nombre mejor por el cual describir a lo que hemos llamado distribuidores de segunda mano de las ideas no es la menor de las razones por las que su poder no se entiende. Incluso las personas que usan la palabra "Intelectual" sobre todo como un insulto aún se sienten inclinadas a sostener que muchos, sin duda, realizan esa función característica. Ésta no es ni la del pensador original, ni la del erudito o experto en un campo de pensamiento. El típico intelectual no precisa ser ninguno: ni necesita poseer un conocimiento especial de cualquier cosa en

particular, ni necesita ser siquiera particularmente inteligente, para llevar a cabo su papel como intermediario en la difusión de ideas. Lo que lo califica para su trabajo es la amplia gama de temas sobre los que fácilmente puede hablar y escribir, y una posición o hábitos a través de los cuales adquiere las nuevas ideas antes que aquellos a quienes se dirige.

Hasta que uno comienza a enumerar todas las profesiones y actividades que pertenecen a esta clase es difícil darse cuenta de lo numerosa que es, como el alcance de las actividades está en constante aumento en la sociedad moderna, y lo dependiente de ellas en que todos nos hemos convertido. La clase no consiste sólo de los periodistas, maestros, ministros, profesores, publicistas, los comentaristas de radio, los escritores de ficción, dibujantes y artistas, todos los cuales pueden ser maestros en la técnica de transmitir ideas, pero son generalmente aficionados en la medida en que la sustancia de lo que transmiten les concierne. También incluye a muchos hombres profesionales y técnicos, como científicos y médicos, que a través de su relación habitual con la palabra impresa se convierten en portadores de nuevas ideas fuera de sus propios campos y que, debido a su conocimiento experto de sus propias materias, son escuchados con respeto por la mayoría de los demás.

Es poco lo que el hombre común de hoy en día se entera de acontecimientos o ideas sino por medio de esta clase, y fuera de nuestras áreas especiales de trabajo somos en este sentido casi todos hombres comunes, que dependemos de nuestra información e instrucción sobre aquellos que hacen su trabajo para mantenernos al corriente de la opinión. Se trata de los intelectuales en este sentido los que deciden qué puntos de vista y opiniones nos llegarán, qué hechos son lo suficientemente importantes para que estemos enterados, y en qué forma y desde qué ángulo se van a presentar. Si alguna vez aprenderemos de los resultados del trabajo del experto y del pensador original, depende principalmente de su decisión.

La persona común, tal vez, no es plenamente consciente de hasta qué punto, incluso la reputación popular de los científicos y académicos se hacen por esta clase y se ven inevitablemente afectados por sus puntos de vista sobre temas que poco tienen que ver con los méritos de sus logros reales. Y es especialmente significativo para nuestro problema de que probablemente todo académico puede nombrar a varios hombres que han alcanzado una innecesaria reputación de grandes científicos por el mero hecho de poseer lo que los intelectuales consideran puntos de vista políticos "progresistas", pero yo todavía no he encontrado un solo caso de pseudo-reputación científica que haya sido otorgado a un estudioso de tendencias más conservadoras. Esta creación de la

reputación por los intelectuales es particularmente importante en los campos donde los resultados de estudios de estos expertos no son utilizados por otros especialistas, pero dependen de la decisión política de la población en general. Hay de hecho apenas una mejor ilustración de esto que la actitud que profesionales economistas han llevado al crecimiento de doctrinas tales como el Socialismo o el proteccionismo. Probablemente no ha habido en ningún momento una mayoría de economistas, reconocidos como tales por sus pares, que sean favorables al Socialismo (o, para el caso, a la protección). Con toda probabilidad es también cierto que ningún otro grupo similar de estudiantes contiene tan alta proporción de sus miembros, decididamente opuestos al Socialismo (o protección). Esto es tanto más significativo si se piensa que es probable que en

tiempos recientes lo que indujo a muchos a elegir la economía como profesión fue un temprano interés en los esquemas socialistas de reforma. Sin embargo, no es el punto de vista

*“Probablemente todo académico puede nombrar a varios hombres que han alcanzado una innecesaria reputación de grandes científicos por el mero hecho de poseer lo que los intelectuales consideran puntos de vista políticos ‘progresistas’ ”*

predominante de los expertos, sino los puntos de vista de una minoría, muchos de posición bastante dudosa en su profesión, las cuales son tomadas y extendidas por los intelectuales.

La influencia omnipresente de los intelectuales en la sociedad contemporánea sigue siendo reforzada por la creciente importancia de la "organización". Es una común pero probablemente errónea creencia de que el

aumento de organización aumenta la influencia del experto o especialista. Esto puede ser cierto para el administrador y organizador experto, si existen tales personas, pero difícilmente en el experto en un campo determinado del conocimiento. Es más bien la persona cuyo conocimiento general se supone que lo califica para apreciar el testimonio experto, y para juzgar a los expertos de diferentes campos, cuyo poder es mejorado. El punto que es importante para nosotros, sin embargo, es que el estudioso que se convierte en un presidente de la Universidad, el científico que se hace cargo de un Instituto o Fundación, el erudito que se convierte en un editor o en promotor activo de una Organización que sirve a una causa en particular, todos rápidamente dejan de ser sabios o expertos y se convierten en intelectuales, únicamente a la luz de ciertas ideas generales de moda. El número de esas instituciones que reproducen los intelectuales y aumentan su número y poderes crece cada día. Casi todos los “expertos” en la mera técnica de conseguir conocimiento son, con respecto a la materia que manejan, intelectuales y no expertos.

En el sentido en que estamos usando el término, los intelectuales son de hecho un fenómeno muy nuevo en la historia. Aunque nadie lamenta de que la educación haya dejado de ser un privilegio de las clases propietarias, el hecho de que las clases propietarias ya no son los mejor educados y el hecho de que gran número de personas deben su posición exclusivamente a su educación genera y no poseen la experiencia del funcionamiento del sistema económico que la administración de la propiedad ofrece, son importantes para la comprensión del papel del intelectual. El profesor Schumpeter, quien ha dedicado un iluminante capítulo de su

*Capitalismo, Socialismo y Democracia* a algunos aspectos de nuestro problema, no injustamente hizo hincapié en que es la ausencia de responsabilidad directa en los asuntos prácticos y la consiguiente ausencia de conocimiento de primera mano es lo que distingue al típico intelectual de otras personas que también detentan el poder de la palabra hablada y escrita. Nos llevaría demasiado lejos, sin embargo, examinar aquí aún más el desarrollo de esta clase y la curiosa demanda que recientemente ha sido propuesta por uno de sus teóricos que era el único cuyos puntos de vista no fueron decididamente influenciados por sus propios intereses económicos. Uno de los puntos importantes que tendrían que ser examinados en este debate sería en qué medida el crecimiento de esta clase ha sido artificialmente estimulado por la ley de derechos de autor.

### III

No es de extrañar que el erudito real o experto y el hombre práctico a menudo sientan desprecio por el intelectual, estén poco dispuestos a reconocer su poder, y actúen resentidos cuando lo descubren. Individualmente consideran a los intelectuales en su mayoría como personas que no entienden nada en particular especialmente bien y cuyo juicio en asuntos que ellos mismos comprenden también muestran pocos signos de sabiduría especial. Sin embargo, sería un error fatal subestimar su poder por este motivo. A pesar de que su conocimiento puede ser a menudo superficial y su inteligencia limitada, esto no altera el hecho de que es su juicio el que determina principalmente los puntos de vista sobre los que la sociedad actuará en el futuro no muy lejano. No es exagerado decir que, una vez

que la parte más activa de los intelectuales se ha convertido a un conjunto de creencias, el proceso mediante el cual éstas se convierten en generalmente aceptadas es casi automático e irresistible. Estos intelectuales son los órganos que la sociedad moderna ha desarrollado para la difusión del conocimiento y las ideas, y son sus convicciones y opiniones que funcionan como el filtro a través del cual todas las nuevas concepciones y opiniones deben pasar antes de que puedan llegar a las masas.

Es de la naturaleza del trabajo del intelectual el usar su propio conocimiento y convicciones en el desempeño de su tarea diaria. Él ocupa su posición debido a que posee o ha tenido que lidiar día a día con el conocimiento que su empleador en general no posee, y sus actividades por lo tanto, pueden ser dirigidas por otros sólo en grado limitado. Y sólo porque los intelectuales son en su mayoría intelectualmente honestos, es inevitable que deben seguir su propia convicción cada vez que tienen la discrecionalidad y que deben dar su inclinación correspondiente a todo lo que pasa a través de sus manos. Aún cuando la dirección de la política esté en manos de hombres de diferentes puntos de vista, la ejecución de la política en general, estará en manos de los intelectuales, y es frecuentemente la decisión sobre los detalles lo que determina el efecto neto. Encontramos esto ilustrado en casi todos los ámbitos de la sociedad contemporánea. Prensa de propiedad "capitalista", universidades, presididas por órganos de gobierno "reaccionarios", la radiodifusión en propiedad de los gobiernos conservadores, han sido conocidos por influir en la opinión hacia la dirección del Socialismo, porque ésta era la convicción del personal. Esto ha sucedido muchas veces no sólo a pesar de,

sino tal vez incluso a causa de los intentos de aquellos en la parte superior para controlar la opinión y la de imponer los principios de la ortodoxia.

El efecto de este filtrado de ideas a través de las convicciones de una clase que es constitucionalmente dispuesta a ciertos puntos de vista es de ninguna manera limitada a las masas. Fuera de su campo especial, el experto general, no es menos dependiente de esta clase y apenas menos influenciado por su selección. El resultado de esto es que hoy en la mayor parte del mundo occidental hasta los más decididos adversarios del Socialismo reciben de fuentes socialistas conocimientos sobre una mayoría de temas sobre los que no tienen información de primera mano. Con muchas de las preconcepciones más generales del pensamiento socialista, la conexión de sus propuestas más prácticas no siempre es obvia, y en consecuencia muchos de los que se creen decididos opositores de ese sistema de pensamiento se convierten de hecho en difusores efectivos de sus ideas. ¿Quién no conoce al hombre práctico, que en su propio campo denuncia el Socialismo como "perniciosa podredumbre", pero, cuando da un paso fuera de su campo, le brota el Socialismo como a cualquier periodista de izquierda? En ningún otro campo la influencia predominante de los intelectuales socialistas se hecho sentir con más fuerza durante los últimos cien años que en los contactos entre diferentes civilizaciones nacionales. Iría mucho más allá de los límites de este artículo rastrear las causas y el significado del hecho de suma importancia que en el mundo moderno los intelectuales proporcionan casi la única aproximación a una comunidad internacional. Es esto que principalmente explica el extraordinario espectáculo que durante

generaciones el supuestamente “capitalista” Occidente ha estado prestando su apoyo moral y material casi exclusivamente a aquellos movimientos ideológicos de los países del Este cuyo objetivo era socavar la civilización occidental y que, al mismo tiempo, la información que el público occidental ha obtenido acerca de los acontecimientos en Europa Central y Oriental ha sido casi inevitablemente coloreado por un sesgo socialista. Muchas de las actividades “educativas” de las fuerzas estadounidenses de ocupación en Alemania han aportado ejemplos claros y recientes de esta tendencia.

Una adecuada comprensión de las razones por las que muchos de los intelectuales tienden a inclinarse hacia el Socialismo es pues lo más importante. El primer punto aquí, que los que no comparten esta tendencia deben afrontar con franqueza es que no son ni intereses egoístas, ni malas intenciones sino convicciones sobre todo honestas y buenas intenciones los que determinan los puntos de vista de los intelectuales. De hecho, es necesario reconocer que en general el típico intelectual es hoy más probable que sea un socialista guiado por su buena voluntad e inteligencia, y que en el plano de la argumentación puramente intelectual generalmente será capaz de hacer un caso mejor que la mayoría de sus oponentes dentro de su clase. Si seguimos pensando que está equivocado, hay que reconocer que puede ser un error genuino que conduce a las personas bien intencionadas e inteligentes que ocupan los puestos clave en nuestra sociedad para difundir

*“El intelectual ... juzga las ideas nuevas no por sus méritos específicos, sino por la facilidad con que se ajustan a ...la imagen del mundo que él considera como moderna o avanzada”*

puntos de vista que a nosotros nos parecen una amenaza para nuestra civilización.<sup>1</sup> Nada podría ser más importante que tratar de entender las fuentes de este error con el fin de que seamos capaces de contrarrestarlo. Sin embargo, aquellos que son generalmente considerados como los representantes del orden existente y que creen que comprenden los peligros del Socialismo están por lo general muy lejos de esa comprensión. Tienden a considerar a los intelectuales socialistas como nada más que un puñado de radicales perniciosos sin apreciar su influencia y, por su actitud hacia ellos, tienden a impulsar aún más la oposición al orden existente.

#### IV

Si queremos entender este sesgo peculiar de una gran parte de los intelectuales, debemos tener claro dos puntos. La primera es que por lo general, juzgan a todos los asuntos particulares exclusivamente a la luz de ciertas ideas generales; la segunda, que los errores característicos de cualquier edad con frecuencia se derivan de algunas verdades auténticas nuevas que se han descubierto, y son las aplicaciones erróneas de nuevas generalizaciones que han demostrado su valor en otros campos.

---

<sup>1</sup> No era por lo tanto (como ha sido sugerido por un revisor de *Camino de Servidumbre*, el profesor J. Schumpeter), "la cortesía a un fallo", pero la profunda convicción de la importancia de esto lo que me hizo, en palabras del profesor Schumpeter, "casi nunca se atribuir a los opositores nada más allá del error intelectual."

La conclusión a la que debe ser conducida por una consideración completa de los mismos hechos será que la refutación efectiva de dichos errores con frecuencia requieren de un mayor progreso intelectual, y, a menudo avanzar en puntos que son muy abstractos y pueden parecer muy alejados de las cuestiones prácticas.

Es tal vez el rasgo más característico del intelectual que juzga las ideas nuevas no por sus méritos específicos, sino por la facilidad con que se ajustan a sus conceptos generales, en la imagen del mundo que él considera como moderno o avanzado. Es a través de su influencia sobre él y sobre su elección de opiniones sobre cuestiones particulares que el poder de las ideas para el bien y el mal crece en proporción a su generalidad, abstracción, e incluso vaguedad. Como él sabe poco sobre temas particulares, su criterio debe ser coherente con los puntos de vista de otros y su idoneidad para ser combinado en una imagen coherente del mundo. Sin embargo, esta selección de la multitud de nuevas ideas que se presentan en cada momento crea el característico clima de la opinión, la cosmovisión dominante de un período, que será favorable a la recepción de algunas opiniones y desfavorables a las demás y que hará que el intelectual esté dispuesto a aceptar una conclusión y rechazar a otra sin una verdadera comprensión de los temas.

En algunos aspectos, el intelectual está, en efecto más cerca del filósofo que de cualquier especialista, y el filósofo es una especie de príncipe en medio de los intelectuales. A pesar que su influencia está más alejada de los asuntos prácticos y correspondientemente es más lenta y más difícil de rastrear que la de los intelectuales normales, es del mismo tipo y en el largo plazo

aún más potente que el de este último. Es el mismo esfuerzo hacia una síntesis, perseguida más metódicamente, el mismo juicio sobre puntos de vista particulares en la medida en que encajen en un sistema general de pensamiento y no por sus méritos específicos, el mismo esfuerzo después de una visión del mundo coherente, que por tanto constituye la base principal para aceptar o rechazar ideas. Por esta razón el filósofo probablemente tiene una mayor influencia sobre los intelectuales que en cualquier otro erudito o científico y, más que ningún otro, determina la forma en que los intelectuales ejercen su función de censura. La influencia popular del especialista científico comienza a rivalizar con la del filósofo sólo cuando deja de ser un especialista y comienza a filosofar sobre el progreso de su tema y por lo general sólo después de que se ha sido tomado por los intelectuales, por razones que poco tienen que ver con su eminencia científica.

El "clima de opinión" de cualquier período es esencialmente un conjunto de carácter muy general de ideas preconcebidas por el cual el intelectual juzga la importancia de los hechos nuevos y opiniones. Estos prejuicios son principalmente las aplicaciones de lo que le parecen los más significativos aspectos de los logros científicos, una transferencia a otros campos de lo que sobre todo le impresionó en el trabajo de los especialistas. Se podría dar una larga lista de tales modas intelectuales y reclamos que en el curso de dos o tres generaciones a su vez han dominado el pensamiento de los intelectuales. Ya fuera la "Aproximación Histórica", o la Teoría de la Evolución, el Determinismo del siglo XIX y la creencia en la influencia predominante del medio ambiente frente a la herencia, la teoría de la relatividad o la



creencia en el poder del inconsciente, cada una de estas concepciones generales se han hecho la piedra de toque por la cual las innovaciones en diferentes campos han sido probadas. Pareciera como si mientras menos específicas o precisas (o menos entendidas) estas ideas sean, más amplia será su influencia. A veces no es más que una vaga impresión raramente puesta en palabras lo que por lo tanto ejerce una profunda influencia. Tales creencias como que el control deliberado y consciente de la organización es también en lo social siempre superior a los resultados de los procesos espontáneos que no están dirigidos por una mente humana, o que cualquier orden sobre la base de un plan establecido de antemano debe ser mejor que uno formado por el equilibrio de fuerzas opuestas, que de esta manera afectó profundamente el desarrollo político.

Sólo en apariencia es diferente el papel de los intelectuales en el desarrollo de lo que a las ideas sociales propiamente se refiere. Aquí sus peculiares inclinaciones se manifiestan a sí mismas en la toma de consignas de las abstracciones, en la racionalización y la realización de extremos de ciertas ambiciones que surgen de la relación normal de los hombres. Como la democracia es buena, cuanto más lejos el principio democrático se puede llevar, mejor les parece a ellos. La más poderosa de estas ideas generales que han dado forma al desarrollo político en los últimos tiempos es, por supuesto, el ideal de la igualdad material. Es, característicamente, no una de las convicciones

*“Que una medida en particular tiende a aumentar la igualdad ha llegado a ser considerada como una recomendación tan fuerte que poco más será considerado”*

morales surgidas espontáneamente, aplicadas por primera vez en las relaciones entre los individuos particulares, sino una construcción intelectual original concebida en abstracto y de dudoso significado o aplicación en casos concretos. Sin embargo, ha operado con fuerza como un principio de selección entre los cursos alternativos de política social, ejerciendo una presión constante hacia un arreglo de asuntos sociales que nadie concibe con claridad. Que una medida en particular tiende a aumentar la igualdad ha llegado a ser considerada como una recomendación tan fuerte que poco más será considerado. Dado que en cada tema en particular es este el aspecto en el que aquellos que han de guiar la opinión tienen una convicción definitiva, la igualdad ha determinado el cambio social incluso con más fuerza de lo que sus defensores intentaban.

No sólo los ideales morales actúan de este modo, sin embargo. A veces las actitudes de los intelectuales hacia los problemas de orden social pueden ser la consecuencia de avances en el conocimiento puramente científico, y es en estos casos que sus erróneos puntos de vista sobre cuestiones particulares pueden parecer tener por un momento todo el prestigio de los últimos logros científicos que los respaldan. No es de extrañar que en sí mismo un avance real del conocimiento se convierta en ocasiones de este modo en una fuente de un error nuevo. Si no hay conclusiones falsas seguidas de nuevas generalizaciones, serían verdades definitivas que nunca necesitarán revisión. Aunque por lo

general como una nueva generalización se limitará a compartir las consecuencias falsas que pueden extraerse de ella con las opiniones que eran sostenidas antes, y por tanto no inducirá a un error nuevo, es muy probable que una nueva teoría, así como su valor se muestre por las nuevas conclusiones válidas a las que conduzca, producirá otras nuevas conclusiones a las que un mayor avance mostrarán que han sido erróneas. Pero en tal instancia una falsa creencia aparecerá con todo el prestigio de los últimos conocimientos científicos que la soportan. Aunque en el campo particular en el que esta creencia se aplica toda la evidencia científica puede estar en contra, no obstante, ante el tribunal de los intelectuales y a la luz de las ideas que rigen su forma de pensar, será seleccionada como la visión que está mejor de acuerdo con el espíritu de la época. Los especialistas que alcanzan la fama pública y gran influencia no serán, pues, aquellos que hayan obtenido reconocimiento por parte de sus compañeros, pero a menudo serán los hombres los que los otros expertos consideran manipuladores, aficionados, o incluso fraudes, pero que a los ojos del público en general, sin embargo se convierten en los mejores exponentes más conocidos en su área.

En particular, puede haber poca duda de que la manera en que durante los últimos cien años el hombre ha aprendido a organizar las fuerzas de la naturaleza ha contribuido de gran manera a la creación de la creencia de que un control similar de las fuerzas de la sociedad traería mejoras comparables en condiciones humanas. Que, con la aplicación de técnicas de ingeniería, la dirección de todas las formas de la actividad humana de acuerdo con un plan único y coherente debe llegar a ser tan exitoso en la

sociedad como lo ha sido en innumerables tareas de ingeniería, es una conclusión demasiado convincente para seducir a la mayoría de los que están eufóricos por el logro de las ciencias naturales. En efecto, hay que reconocer que se requieren argumentos poderosos para contrarrestar la fuerte presunción en favor de tal conclusión y que estos argumentos aún no han sido adecuadamente formulados. No es suficiente señalar los defectos de las propuestas particulares sobre la base de este tipo de razonamiento. El argumento no perderá su fuerza hasta que no haya sido concluyentemente mostrado por qué lo que ha demostrado ser tan eminentemente exitoso en producir avances en tantos campos debe tener límites en su utilidad y puede convertirse en positivamente dañino si se extiende más allá de estos límites. Esta es una tarea que todavía no se ha llevado a cabo satisfactoriamente y la cual tendrá que lograrse antes de que este impulso particular hacia el Socialismo pueda ser eliminado.

Esto, por supuesto, es sólo uno de muchos casos en que más se necesita el avance intelectual si las ideas nocivas en el presente curso serán refutadas y donde el curso que vamos a tomar en última instancia, será decidida por la discusión de cuestiones muy abstractas. No es suficiente para que el hombre de negocios esté seguro, desde su profundo conocimiento de un campo en particular, que las teorías del Socialismo que se derivan de ideas más generales resultarán impracticables. Él puede estar perfectamente en lo correcto, y sin embargo su resistencia será abrumada y todas las consecuencias lamentables que él prevé seguirán si la suya no es con el apoyo de una refutación efectiva de las *meres ideas*. En tanto que el intelectual obtiene lo mejor de la discusión

general, las objeciones más válidas de las cuestiones específicas serán dejadas de lado.

## V

Esto no es toda la historia, sin embargo. Las fuerzas que influyen en el reclutamiento de las filas de los intelectuales operan en la misma dirección y ayudan a explicar por qué muchos de los más capaces se inclinan por el Socialismo. Hay, por supuesto, muchas diferencias de opinión entre los intelectuales como entre otros grupos de personas; pero parece ser cierto que son, en general, los más activos, inteligentes y originales hombres entre los intelectuales los que con más frecuencia se inclinan hacia el Socialismo, mientras que sus oponentes a menudo son de un calibre inferior. Esto es cierto particularmente durante la primera etapa de la infiltración de las ideas socialistas, y más tarde, aunque fuera de los círculos intelectuales todavía puede ser un acto de valentía de profesar convicciones socialistas, la presión de la opinión entre los intelectuales suele ser tan fuertemente a favor del Socialismo que se requiere más fuerza e independencia para un hombre para resistir que para unirse a lo que sus compañeros consideran como puntos de vistas modernos. Nadie, por ejemplo, que esté familiarizado con un gran número de facultades universitarias (y desde este punto de vista de la mayoría de los profesores universitarios probablemente tendrán que ser clasificados como intelectuales, más que como expertos) puede permanecer ajeno al hecho de que los profesores más brillantes y exitosos de hoy son más propensos a ser socialistas, mientras que aquellos que sostienen puntos de vista políticos más conservadores son con más frecuencia los mediocres. Esto es, por supuesto,

por sí mismo un factor importante que conduce a la generación más joven al campo socialista.

El socialista, por supuesto, ve en esto una prueba de que la persona más inteligente está hoy llamado a convertirse en socialista. Pero esto está lejos de ser el necesario o incluso de ser la explicación más probable. La razón principal de este estado de cosas es, probablemente que, para el hombre excepcionalmente capaz que acepta el orden actual de la sociedad, una multitud de otras vías de influencia y poder están abiertas, mientras que a los descontentos e insatisfechos una carrera intelectual es el camino más prometedor para ganar influencia y poder para contribuir a la consecución de sus ideales. Incluso más que eso: el hombre de inclinación más conservadora con habilidades de primera clase, en general, elegirá el trabajo intelectual (Y el sacrificio en la recompensa material que esta elección por lo general implica) sólo si lo disfruta propiamente. Él es, en consecuencia, más propenso a ser un académico experto en lugar que un intelectual en el sentido específico de la palabra, mientras que a los más radicales la búsqueda intelectual es más a menudo un medio y no un fin, un camino hacia exactamente ese tipo de gran influencia que los intelectuales profesionales ejercen. Es por lo tanto, probablemente un hecho de que no las personas más inteligentes son generalmente socialistas, sino que una proporción mucho mayor de las mejores mentes socialistas se dedican a las actividades intelectuales que en la sociedad moderna les da una influencia decisiva en la opinión pública.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> En relación a esto hay otro fenómeno familiar: hay pocas razones para creer que realmente la habilidad los intelectuales de primera clase para cualquier obra original es más rara entre los gentiles que entre los Judíos. Sin embargo, puede haber poca duda que los

La selección del personal de los intelectuales está también estrechamente relacionada con el interés predominante que muestran en las ideas generales y abstractas. Las especulaciones acerca de la posible reconstrucción de toda la sociedad da a los intelectuales una porción mucho más a su gusto que las consideraciones más prácticas a corto plazo para aquellos que aspiran a una poca mejora del orden existente. En particular, el pensamiento socialista debe su atracción a los jóvenes en gran parte a su carácter visionario, el coraje mismo para disfrutar del pensamiento utópico es en este sentido una fuente de fortaleza para los socialistas que el liberalismo tradicional lamentablemente carece. Esta diferencia se opera en favor del Socialismo, no sólo porque la especulación sobre los principios generales proporciona una oportunidad para el juego de la imaginación de aquellos que no están siendo ahogadas por el conocimiento tanto de los hechos de la vida actual, sino también porque satisface una legítima pretensión de la comprensión de la base racional de cualquier orden social y da margen para el ejercicio de ese impulso constructivo para que el

*“El coraje mismo para disfrutar del pensamiento utópico es ... una fuente de fortaleza para los socialistas que el liberalismo tradicional lamentablemente carece”*

---

hombres de estirpe judía en casi todas partes constituyen un número desproporcionadamente grande de los intelectuales en nuestro sentido, es decir de las filas de los intérpretes profesionales de ideas. Esto puede ser su don especial y sin duda es su principal oportunidad en los países donde los prejuicios ponen obstáculos en su camino en otros campos. Probablemente es más porque constituyen una proporción tan grande de los intelectuales que por cualquier otra razón que parecen ser mucho más receptivos a las ideas socialistas que las personas de distintas poblaciones.

liberalismo que después de haber ganado sus grandes victorias, dejó pocas salidas. El intelectual, por su carácter general, no está interesado en los detalles técnicos o dificultades prácticas. Lo que apela a él son las visiones generales, la amplia comprensión del orden social en su conjunto que un sistema planificado promete.

El hecho de que los gustos de los intelectuales se mostraran mejor satisfechos por las especulaciones de los socialistas resultó fatal a la influencia de la tradición liberal. Una vez que las demandas básicas de los programas liberales parecían satisfechas, los pensadores liberales se volvieron a los problemas de detalle y tendían a descuidar el desarrollo de la filosofía general del liberalismo, que, en consecuencia, dejó de ser un asunto de alcance, ofreciendo una visión para la especulación general. Así, por algo más de medio siglo han sido sólo los socialistas los que han ofrecido algo parecido a un programa explícito del desarrollo social, una imagen de la Sociedad futura a la que apuntaban, y un conjunto de principios generales para orientar decisiones sobre cuestiones particulares. A pesar de que, si no me equivoco, sus ideales sufren contradicciones inherentes, y cualquier intento de ponerlos en práctica debe producir algo totalmente diferente de lo que esperan, esto no altera el hecho de que su programa para el cambio es la única que realmente ha influido en el desarrollo de instituciones sociales. Es porque la suya se ha convertido en la única filosofía general explícita de la política social sostenida por un grupo grande, el único sistema o una

teoría que plantea nuevos problemas y abre nuevos horizontes, que han logrado inspirar a la imaginación de los intelectuales.

Los desarrollos actuales de la sociedad durante este período fueron determinados, no por una batalla de ideales contrapuestos, sino por el contraste entre un estado de cosas existente y por un ideal de una sociedad futura posible que los socialistas solos tenían antes que el público. Muy pocos de los otros programas que se ofrecieron probaron ser genuinas alternativas. La mayoría de ellos eran meros compromisos o refugios de medio camino entre los tipos más extremos del Socialismo y el orden existente. Todo lo que se necesitaba para hacer parecer casi cualquier propuesta socialista como razonables a estas “juiciosas” mentes que estaban constitucionalmente convencidas de que la verdad siempre tiene que estar en el medio entre los extremos, era que alguien defendiera una propuesta bastante más extrema. Así parecía existir sólo una dirección en la que nos podíamos mover, y la única pregunta parecía ser lo rápido y hasta qué punto el movimiento debería continuar.

## VI

La importancia de la manera especial de que el Socialismo apela a los intelectuales resulta de su carácter especulativo quedará más claro si además contrastamos la posición del teórico socialista con la de su contraparte que es un liberal en el antiguo sentido de la palabra. Esta comparación también nos llevará a cualquier lección que podamos extraer de una apreciación adecuada de las fuerzas intelectuales que están socavando las bases de una sociedad libre. Paradójicamente, uno de los principales obstáculos que priva al pensador liberal de la

influencia popular está estrechamente relacionado con el hecho de que, desde que Socialismo de hecho llegó, él tiene más oportunidad de influir directamente en las decisiones sobre la política corriente y que, en consecuencia, no sólo no está tentado a caer en la especulación a largo plazo que es el fuerte de los socialistas, pero en realidad es desalentado de ella, ya que cualquier esfuerzo de este tipo es probable que reduzca el bien inmediato que puede hacer. Cualquiera que sea el poder que tiene para influir en las decisiones prácticas, se lo debe a su posición con los representantes del orden existente, y esta situación se pondría en peligro si se dedica a la clase de especulación que pudiera atraer a los intelectuales y que a través de ellos podría influir en la evolución durante períodos más prolongados. Con el fin de llevar el peso de los poderes existentes, tiene que ser “práctico”, “sensible”, y “realista”. Siempre y cuando él se refiera a los problemas inmediatos, es recompensado con el éxito material, influencia, y popularidad con los que hasta un punto compartió su perspectiva general. Pero estos hombres tienen poco respeto por las especulaciones sobre los principios generales que conforman el clima intelectual. En efecto, si en serio se entrega a tal especulación a largo plazo, es apto para adquirir la reputación de ser “inestable” o incluso mitad socialista, porque está indispuerto a identificar el orden existente con el sistema libre que el pretende.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> El ejemplo reciente más claro de esa condena de un trabajo poco ortodoxo liberal como “Socialista” ha sido proporcionada por algunos comentarios sobre *Política Económica para una Sociedad Libre* (1948) del fallecido Henry Simons. Uno no necesita estar de acuerdo con la totalidad de este trabajo y se puede incluso considerar algunas de las sugerencias formuladas en ella como incompatibles con una sociedad libre, y sin embargo la reconocen como una de las más importantes

Si, a pesar de esto, sus esfuerzos continúan en la dirección de la especulación general, pronto descubre que no es seguro asociarse demasiado con los que parecen compartirla mayoría de sus convicciones, y pronto es conducido al aislamiento. De hecho puede haber pocas tareas más ingratas en la actualidad aquella esencial de desarrollar los fundamentos filosóficos sobre las cuales el desarrollo de una sociedad libre debe basarse. Puesto que el hombre que se compromete debe aceptar gran parte del marco del orden existente, lo hará aparecer para muchos de los intelectuales de mentalidad más especulativa meramente como un tímido apologista de las cosas como son, al mismo tiempo que será desatendido por los hombres prácticos como un teórico impráctico. Él no es suficientemente radical para aquellos que sólo conocen el mundo en el que "habitar juntos con facilidad de pensamientos" y demasiado radical para los que sólo ven lo "duro en el choque de las cosas en el espacio". Si él se aprovecha del apoyo, como se puede obtener de los hombres de negocios, es casi seguro que se desacreditará a sí mismo con aquellos de quienes él depende para la difusión de sus ideas. Al mismo tiempo necesitará más cuidado para evitar

---

contribuciones en los últimos tiempos a nuestro problema y como justo el tipo de trabajo que es necesario para abrir el debate sobre las cuestiones fundamentales. Incluso aquellos que están violentamente en desacuerdo con algunas de sus sugerencias deberían darle la bienvenida como una contribución que clara y valientemente elevan los problemas centrales de nuestro tiempo.

*“Puede haber pocas tareas más ingratas en la actualidad aquella esencial de desarrollar los fundamentos filosóficos sobre las cuales el desarrollo de una sociedad libre debe basarse”*

la extravagancia o algo parecido a la exageración. Mientras que nunca se ha conocido a ningún teórico socialista que se desacreditase a sí mismo con sus semejantes, incluso por la más tonta de las propuestas, el liberal anticuado se condenará a sí mismo por una sugerencia impracticable. Sin embargo, para los intelectuales él aún no será especulativo o lo suficientemente aventurero, y los cambios y mejoras en la estructura social que tendrá para ofrecer parecerán limitados en comparación con lo que sus menos restringidas imaginaciones conciben. Por lo menos en una sociedad en la que los principales requisitos de la libertad han sido ya ganados y otras mejoras conciernen puntos de detalle comparativo, el programa liberal no puede tener nada del glamour de un nuevo invento.

La apreciación de las mejoras que ofrece requiere un mayor conocimiento del funcionamiento de las actuales sociedades que el intelectual promedio posee. La discusión de estas mejoras debe proceder a un nivel más práctico que el de los programas más revolucionarios, dando así una complejidad que tiene poco atractivo para el intelectual y que tiende a traer elementos a los que se siente directamente antagónico. Los que están más familiarizados con el funcionamiento de la sociedad actual también suelen estar interesados en la preservación de características particulares de la sociedad que pueden no ser defendibles en principios generales. A diferencia de la persona que busca un futuro orden totalmente nuevo y

que, naturalmente busca la guía de los teóricos, los hombres que creen en el orden existente también suelen pensar que lo entienden mucho mejor que cualquier teórico y, en consecuencia, es probable que rechacen todo lo que no es familiar y teórico.

La dificultad de encontrar un apoyo genuino y desinteresado de una política sistemática por la libertad no es nueva. En un pasaje de la recepción de un reciente libro mío a menudo me ha recordado lo que Lord Acton hace mucho tiempo describió como:

“en todo momento los sinceros amigos de la libertad han sido escasos, y sus triunfos se han debido a minorías, que han prevalecido asociándose con auxiliares cuyos objetivos difieren del propio, y esta asociación, que siempre es peligrosa, ha sido a veces desastrosa, dando a los opositores sólo motivos de oposición...”<sup>4</sup>

Más recientemente, uno de los más destacados economistas norteamericanos vivos se ha quejado en una línea similar de que la principal tarea de los que creen en los principios básicos del sistema capitalista con frecuencia, será defender este sistema contra los capitalistas - en realidad los grandes economistas liberales, desde Adam Smith hasta el presente, siempre lo han sabido.

El obstáculo más grave que separa a los hombres prácticos que tienen la causa de la libertad genuinamente en el corazón de las

fuerzas que en el ámbito de las ideas deciden el curso del desarrollo es su profunda desconfianza de la especulación teórica y su tendencia a la ortodoxia, lo que, más que cualquier otra cosa, crea una casi intransitable barrera entre ellos y los intelectuales que se dedican a la misma causa y cuya asistencia es indispensable si la causa ha de prevalecer. Aunque esta tendencia es tal vez natural entre los hombres que defienden un sistema que se ha justificado a sí misma en la práctica, y para quien su justificación intelectual parece irrelevante, es fatal para su supervivencia, ya que la priva de la ayuda que más necesita. La ortodoxia de cualquier tipo, cualquier pretensión de que un sistema de ideas es definitivo y debe ser aceptado como un todo, es una postura que necesariamente antagoniza a todos los intelectuales, cualesquiera que sean sus opiniones sobre cuestiones particulares.

Cualquier sistema que juzga a los hombres por la integridad de su conformidad a un conjunto fijo de opiniones, por su “solidez” o el grado en el que se puede confiar en que tiene puntos de vista sobre todos los puntos aprobados, se priva de un soporte sin el cual ningún conjunto de ideas puede mantener su influencia en la sociedad moderna. La habilidad para criticar puntos de vista aceptados, para explorar nuevos horizontes y experimentar con nuevas concepciones, ofrece el ambiente sin el cual el intelectual no puede respirar. La causa que no ofrece posibilidades de estas características no puede tener el apoyo de él y está por lo tanto condenada en cualquier sociedad que, como la nuestra, se apoya en sus servicios.

---

<sup>4</sup> Acton, *La historia de la libertad*, Yo (1922).

VII

Puede ser que una sociedad libre como la hemos conocido, lleve en sí las fuerzas de su propia destrucción, que una vez que la libertad se ha logrado se da por sentada y deja de ser valorada, y que el crecimiento libre de ideas que es la esencia de una sociedad libre traerá consigo la destrucción de los cimientos sobre los que depende. Hay poca duda de que en países como los Estados Unidos, el ideal de la libertad hoy en día tiene menos verdadero atractivo para los jóvenes que hay en los países donde han aprendido lo que su pérdida significa. Por otra parte, todo indica que en Alemania y en otros lugares, a los jóvenes que nunca han conocido una sociedad libre, la tarea de la construcción de una llega a ser tan emocionante y fascinante como cualquier régimen socialista que ha aparecido durante los últimos cien años. Es un hecho extraordinario, que uno que otro visitante ha experimentado, que al hablar a los estudiantes alemanes sobre los principios de una sociedad liberal se encuentra una audiencia más receptiva y entusiasta incluso de la que se puede esperar encontrar en cualquiera de las democracias occidentales. En Gran Bretaña también ya está apareciendo entre los jóvenes un nuevo interés en los principios del verdadero liberalismo que sin duda no existía unos pocos años atrás.

¿Significa esto que la libertad se valora sólo cuando se ha perdido, que el mundo debe en todas partes pasar por una fase de la oscuridad del totalitarismo Socialista antes que las fuerzas de la libertad puedan ganar fuerza de

*“La ortodoxia de cualquier tipo  
...es una postura que  
necesariamente antagoniza a  
todos los intelectuales, cualesquiera  
que sean sus opiniones sobre  
cuestiones particulares”*

nuevo? Tal vez sea así, pero espero que no necesite serlo. Sin embargo, mientras las personas que durante largos períodos determinan la opinión pública continúan siendo atraídas por los ideales del Socialismo, la tendencia va a continuar. Si hemos de evitar este desarrollo, debemos ser capaces de ofrecer un nuevo programa liberal que apele a la imaginación. Debemos hacer que la construcción de una sociedad libre, sea una vez más una aventura intelectual, un acto de coraje. Lo que nos falta es una utopía liberal, un programa que no parezca ni una mera defensa de las cosas como son, ni una especie diluida de Socialismo, sino un verdadero radicalismo liberal que no perdone a las susceptibilidades de los poderosos (incluido los sindicatos), que no sea muy severamente práctica, y que no se limite a lo que aparece hoy en día como políticamente posible. Necesitamos líderes intelectuales que estén dispuestos a trabajar por un ideal, por pequeñas que puedan ser las perspectivas de su pronta realización. Ellos deben ser hombres que estén dispuestos a adherirse a los principios y luchar por su plena realización, por remota que sea. Los compromisos prácticos los deben dejar a los políticos. Libre Comercio y Libertad de Oportunidades son ideales que todavía pueden despertar la imaginación de grandes números, pero una simple “libertad razonable de comercio” o una mera “relajación de controles” no es ni intelectualmente respetable ni es probable que inspire ningún entusiasmo.

La principal lección que el verdadero liberal debe aprender del éxito de los socialistas es que fue su coraje de ser utópicos que les ganó



el apoyo de los intelectuales y por lo tanto una influencia en la opinión pública que cada día hace posible lo que hace poco parecía totalmente distante. Los que se han preocupado exclusivamente con lo que parecía posible en el estado actual de la opinión constantemente han encontrado que incluso esto se había convertido rápidamente en políticamente imposible como por resultado de cambios en una opinión pública que no han hecho nada para guiar. A no ser que nosotros podamos hacer que los fundamentos filosóficos

*“Si podemos recuperar esa fe en el poder de las ideas que fue la marca del liberalismo en su mejor momento, la batalla no está perdida”*

de una sociedad libre sean una vez más una cuestión intelectual viviente, y su implementación una tarea que pone a prueba el ingenio y la imaginación de nuestras mentes más animadas. Pero si podemos recuperar esa fe en el poder de las ideas que fue la marca del liberalismo en su mejor momento, la batalla no está perdida. El renacimiento intelectual del liberalismo ya está en marcha en muchas partes del mundo.

¿Será a tiempo?

### F. A. Hayek: Bastión de la Libertad

Friedrich A. Hayek (1899-1992) es quizás el economista de la Escuela Austriaca de mayor reconocimiento, tanto por sus estudios económicos como por sus incursiones en otras disciplinas. A lo largo de su carrera, Hayek realizó grandes aportes a campos tan diversos como la psicología, la filosofía política, la historia de las ideas, y la metodología de las ciencias sociales.



En 1947, organizó la conferencia que dio lugar a la *Mont Pèlerin Society*, de la cual sería presidente. Fue galardonado con el *Premio Nobel de Economía* en 1974 y la *Medalla de la Libertad* en 1991 además de integrarse a la *Compañía de Honor* en 1984.

Esta traducción se hizo posible gracias al apoyo de:



[www.studentsforliberty.org](http://www.studentsforliberty.org)



[www.atlasnetwork.org](http://www.atlasnetwork.org)